

como delante de una pretensión extraordinaria.

Cuando Lázaro volvió al cuarto de la enferma, despidió á su madre y á Verónica para que se acostasen al momento, porque él no hubiera podido dormir: vió levantarse el alba sobre aquella pieza desordenada, el alba lúgubre de las noches de agonia; pegó su frente á los cristales de la ventana, mirando con desesperación el lívido cielo.

Un ruido le obligó á volver la cabeza, creyendo que Paulina se levantaba, y era que Mateo, olvidado de todos, salía de debajo de la cama para aproximarse á la joven, cuya mano derecha caía fuera de las ropas, y lamió aquella mano con tanta dulzura, que Lázaro, muy conmovido, le cogió por el cuello diciendo:

—Ya ves, mi pobre animal, que tu amita está enferma..... Pero esto no será nada, no, y los tres juntos correremos aún por los campos.....

Paulina había abierto los ojos, y á pesar de la contracción dolorosa de su rostro, sonreía.

Entonces comenzó la existencia de angustias, las pesadillas que siempre danzan en la alcoba de un enfermo de gravedad.....

Y Lázaro la prestó, no obstante las instancias de su madre, todos los servicios de la enfermera más

cuidadosa, levantándola, volviéndola á echar en la cama, lo mismo que un hermano apenado que no vea en aquel cuerpo querido sino la fiebre en que se estremecía.

Tales cuidados eran como la prolongación de su infancia, que le recordaban la casta desnudez de sus primeros baños, cuando él trataba á Paulina como si fuese una chieuela; y luego el mundo desaparecía por completo, nada existía para él sino la poción para la enferma, la mejoría anunciada y esperada en vano de hora en hora; y las noches seguían á los días, estando la existencia del mismo Lázaro cual suspendida y balanceándose encima del vacío, con el miedo en cada minuto de caer en el negro abismo.

Todas las mañanas el doctor Cazenové visitaba á Paulina, y algunas veces por la noche, después de comer; desde la segunda visita se decidió á prescribir una sangría copiosa, y la fiebre, que cedió primero, volvió á presentarse con más violencia; estaba preocupado, no comprendiendo tanta tenacidad en la dolencia.....

Y cuando Paulina se quejó de una tensión creciente en el cuello, el cual la parecía que iba á estallar, el médico dijo Lázaro:

—¡Sospecho un absceso!...

El joven le condujo á su cuarto, porque precisamente el día anterior había leído, registrando su antiguo *Manual de Patología*, las páginas referentes á los abscesos retro-faríngeos, que pueden causar la muerte por sofocación, comprimiendo la tráquea; y muy pálido, le preguntó:

—¿Entonces está perdida?

—Espero que no —respondió el médico.— Es preciso observar.

Pero él mismo no ocultaba su inquietud, confesando su inutilidad casi completa en el caso que se presentaba. ¿Cómo querer buscar el absceso en el fondo de aquella boca contraída? Lo mejor era abandonar su resolución á la naturaleza, y esto sería muy largo y muy doloroso.

—¡Yo no soy Dios!—gritaba cuando Lázaro le echaba al rostro la inutilidad de su ciencia.

La ternura que el doctor Cazenove sentía por Paulina demostrábala por un aumento de brusquedad; porque aquel anciano, seco y rígido como una vara de fresno, había sido tocado en el corazón; por espacio de treinta años corrió por el mundo, pasando de un buque á otro, haciendo servicios de hospitales en todas partes, combatiendo epidemias á bordo y

enfermedades monstruosas en los trópicos, la elefantiasis en Cayena, las mordeduras de serpiente en la India.... Y ahora aquella niña, con su pequeña *pupa* en la garganta, le trastornaba hasta el punto de no dejarle dormir.

Sus manos de hierro temblaban; su indiferencia ante la muerte se convertía en temor de un desenlace fatal; y por esto, queriendo ocultar su emoción, procuraba afectar desprecio por el sufrimiento.

¿No se nace para sufrir? ¿Por qué entonces conmoverse é irritarse?

Todas las mañanas Lázaro le decía:

—Intentad algo, Doctor, yo os lo suplico. ¡Esto es cruel! ¡No puede dormir un momento! Toda la noche la ha pasado en un grito.

—Pero ¡con mil diablos! ¿tengo la culpa?—respondía exasperado.— Yo no puedo cortarla el cuello para curarla.

Y el joven se incomodaba más y más.

—¿Luego la Medicina no sirve para nada?

—¡Para nada absolutamente cuando la máquina humana se destornilla! La quinina corta la fiebre, una purga limpia el intestino, la sangría favorece al apoplético.... Lo repito; hay, en el caso presente, que confiar en la naturaleza.

Tales eran los gritos que le arrancaba la cólera por no saber cómo obrar, y si perdía horas enteras sentado á la cabecera del lecho estudiando á la enferma, volvía á marcharse sin dejar una receta, con los brazos cruzados, no pudiendo hacer otra cosa que asistir al entero desarrollo de aquel absceso, el cual, por línea más ó menos, habría de ser la vida ó la muerte.

Lázaro pasó ocho días por trances terribles, esperando de minuto en minuto el fallo de la naturaleza, y á cada respiración penosa de la enferma creía que todo terminaba.

El absceso se materializaba para él en una imagen viva, enorme, obturando la tráquea: ¡un poco más de inflamación, y el aire no pasaría!

Muchas veces ella le tomaba la mano y la ponía sobre su garganta: había allí como un peso insufrible, una bola de plomo ardiente que golpeaba hasta ahogarla; la jaqueca no la abandonaba, y ella no sabía cómo reclinar su cabeza, torturada por el insomnio, y una noche, para colmo de miserias, se le declararon dolores atroces en los oídos.

En todas estas crisis la infeliz perdía el conocimiento, y parecía que se le quebrantaban los huesos de las mandíbulas; mas no confesaba á Lázaro

tantos martirios, manifestando al contrario mucho valor, porque comprendía que estaba él tan enfermo como ella misma, con la sangre abrasada por su fiebre y la garganta estrangulada por su absceso.

A menudo sonreía aun en las más vivas angustias, y lo peor era que ni siquiera podía deglutir la saliva sin lanzar un grito, porque la parte posterior de la garganta estaba atrozmente hinchada.

Si Lázaro, cediendo á las instancias de ella, se quedaba dormido algunos momentos, despertábase sobresaltado al oír los gritos, y anhelaba saber dónde la dolía más que antes; mientras la pobre enferma, con la faz dolorida y los ojos cerrados, luchando aún para engañarle, balbuceaba que no había sido nada, un cosquilleo en la garganta, y añadía:

—Duerme, duerme..... No te incomodes..... Yo voy también á dormir.

Las noches eran tan fatales, que el joven no veía ponerse el sol y condensarse las sombras sin terror supersticioso.

Una noche se reclinó en el mismo lecho de la enferma, cogiéndola una mano, como solía hacerlo con frecuencia, y la decía que él estaba allí, que él no la abandonaba; el Doctor habíase marchado á las diez muy furioso, diciéndole que no respondía de nada;

el joven había tenido el consuelo de creer que ella no estaba de gran peligro; Paulina misma parecía más tranquila, con el rostro siempre dulce y alegre, á pesar del sufrimiento, y sonriéndose cuando se hacían proyectos para los días de su convalecencia, porque Lázaro había dispuesto, para la primera salida, un paseo por la playa.

Luego, cuando ella aparentaba dormir, murmuró con voz distinta, al cabo de un cuarto de hora de silencio:

—¡Pobre amigo mío! creo que te casarás con otra mujer.

Él se quedó aturdido, sintiendo en la nuca un escalofrío glacial.

—¿Qué dices? ¿por qué eso?

Y ella, abriendo los ojos y mirándole con triste mirada de resignación dolorosa, replicó:

—¡Vaya! ¡bien sé lo que tengo!..... Y me alegro de saberlo, siquiera por abrazaros á todos.....

Lázaro se incomodó. ¡Eran una locura tales ideas! antes de una semana estaría de pie!.....

Pero él soltó la mano, fué á su cuarto con un pretexto, porque el llanto le ahogaba, y allí, en la obscuridad, se entregó á su dolor, tendiéndose á través del lecho en que no se acostaba.

Una certidumbre cruel, irreflexiva, le había estrujado de repente el corazón. ¡Paulina iba á morir! ¡tal vez no pasaría de la noche! ¡ella lo sabía! ¡ella vería llegar el momento supremo, la agonía, y él estaba á su lado, impotente!

Ya se imaginaba presenciar la postrera despedida; la escena se desenvolvía ante él con detalles lamentables, en las sombras de la cámara; aquello era el fin de todo..... Y tomó la almohada entre sus brazos convulsivos, y hundió en ella la cabeza para ahogar el gemido de su llanto.

Pero la noche pasó sin catástrofe, y pasaron también dos días más.

Ella no volvió á hacer alusión á la gravedad de su estado, y encontraba fuerzas para sonreír; él mismo llegó á fingir una tranquilidad perfecta, una esperanza de verla mejorar de un momento á otro.

Lázaro, una mañana, al despuntar el alba, asombróse de la serenidad que le dejaba la idea de la muerte, y procuró recordar fechas: desde el día en que Paulina cayó enferma, no había sentido una sola vez pasar por su cuerpo el horror frío del no ser; si temblaba por perder á su prometida, en aquel temblor no entraba para nada la idea de la destrucción de su *yo*; su corazón chorreaba sangre, y sin

embargo, en tal batalla librada contra la muerte, él igualaba á ella, y le daba fuerza y valor para mirarla cara á cara.

Hasta su pesimismo había zozobrado ante aquel lecho de agonía, y en vez de hundirle en el odio al mundo, su rebelión contra el dolor no era sino el ardiente deseo de la salud, amor desesperado á la vida. ¡Ya no hablaba de hacer saltar la tierra como vieja construcción inhabitable! La única imagen que le fascinaba era la de Paulina restablecida, llevándola al brazo, bajo un sol esplendente....

Precisamente el mismo día creyó Lázaro que la muerte venía: desde las ocho la enferma fué acometida de náuseas, y cada esfuerzo determinaba una crisis de sofocación que aterraba, con escalofríos, con estremecimientos de un temblor tan horrible, que se oía rechinar sus dientes.

Lázaro gritó por la ventana á un muchachuelo que corriese á Arromanches, aunque el Doctor debía llegar á las once, según su costumbre: la casa estaba sumida en triste silencio, cual si en ella reinase el vacío desde que Paulina no la llenaba con su actividad alegre, vibrante; Chanteau pasaba los días abajo, silencioso, mirando á sus piernas, con el temor de un acceso mientras no hubiera allí nadie para cuidarle;

la señora Chanteau obligaba á Luisa á salir, y las dos vivían fuera, siempre juntas, muy íntimas: sólo se oía el paso lento y pesado de Verónica, que subía y bajaba incesantemente, interrumpiendo el silencio de la escalera y de las desiertas salas.

Lázaro miraba á la enferma algo más tranquila, cuando la puerta, que estaba medio cerrada, rechinó ligeramente.

—¿Qué, Verónica?

No era Verónica, sino la señora Chanteau, que debía acompañar á Luisa á casa de unos amigos, cerca de Verchemont.

—El pilluelo Cuche ha echado á correr en seguida, y tiene buenas piernas—dijo ella.

Y luego, después de un rato de silencio, preguntó:

—¿Pero esto no va mejor?

Lázaro, con un gesto desesperado, sin decir una palabra, mostróla á Paulina inmóvil como una muerta, con el rostro bañado en sudor frío.

—Entonces no iremos á Verchemont—continuó ella.—¿Qué tenaces son estas enfermedades que no se comprenden! La pobre niña está sufriendo bastante....

Y se sentó, prosiguiendo el ensarte de sus frases con voz baja y monótona:

—¡Nosotras que queríamos ponernos en camino á las siete! Es una suerte que Luisa no se haya despertado todavía.... ¡Y todo parece que se junta esta mañana! El tendero de Arromanches ha traído la cuenta, y he tenido que pagarla; ahora está abajo el panadero.... ¡y cuarenta francos de pan en un mes! ¡Yo no sé dónde ocurre otro tanto!....

Lázaro no la escuchaba, dominado en absoluto por el temor de ver reaparecer la crisis; pero el eco monótono de aquel flujo de palabras le irritaba, y procuró alejar á su madre.

—Da á Verónica dos servilletas y que las suba....

—Naturalmente —interrumpió ella— es menester pagar al panadero.... y como me ha saludado al entrar, no se le puede decir que no estoy en casa. ¡Ah, ya estoy bien harta de la casa! Esto es muy pesado, y acabaré por dejarlo todo.... Si Paulina no estuviese enferma, nos anticiparía los noventa francos de su pensión, porque ya estamos á veinte del mes.... ¡Pero la querida niña parece tan débil!

Lázaro volvió la cabeza con brusco movimiento.

—¿Qué dices? ¿qué quieres?

—¿No sabes dónde ella tiene su dinero?

—No.

—Debe guardarlo en la cómoda.... Si quisieras mirar....

Rehusó él con desesperación, y sus manos temblaban.

—¡Te ruego, mamá!.... ¡Por piedad, déjame!

Estas frases eran cuchicheadas rápidamente en el fondo de la cámara, y silencio penoso reinaba cuando un quejido, ligero como un soplo, se levantó del lecho, así:

—Lázaro, toma la llave que está debajo de mi almohada, y da á mi tía lo que quiera.

Los dos se quedaron aturcidos: él protestó, no queriendo registrar la cómoda; pero tuvo que ceder para no atormentar á Paulina, y cuando entregó á su madre un billete de cien francos, y volvió á colocar la llave debajo de la almohada, halló á la enferma presa de un nuevo temblor, que la sacudía como á un árbol tierno el huracán, y dos gruesas lágrimas cayendo de sus pobres ojos cerrados, que rodaban por sus mejillas.

El doctor Cazenove no apareció hasta su hora habitual, y no había visto al pequeño Cuche, que probablemente estaría jugando en las zanjas; y después que escuchó la relación de Lázaro, y dirigió miradas profundas á Paulina, exclamó:

—¡Está salyada!

Aquellas náuseas, aquellos estremecimientos horribles, eran sencillamente indicios exactos de que el absceso se rompía; ya no había que temer ahogos, porque se resolvería por sí mismo.

Tan grande fué la alegría de Lázaro, que acompañó al Doctor hasta abajo, y como el ex marinero Martín, que estaba al servicio del médico, con su pierna de palo, bebía un vaso de vino en la cocina, todos quisieron tomar las once y chocar las copas.

—Yo no he estado jamás inquieta—decía la señora Chanteau— porque adivinaba que esto no sería nada.

—Lo que no ha impedido que la querida niña haya estado en los últimos.....—replicó Verónica.— ¡Verdad! Y aunque me hubieran regalado cien sueldos, no estaría yo tan contenta.

Entonces entró el cura Horteur, que iba en busca de noticias, y también aceptó una copa, para hacer lo que hacían los demás.

Hay que decir que todos los días hizo lo mismo, como buen vecino, y habiéndole manifestado Lázaro desde su primer visita que no le dejaba entrar en el cuarto de la enferma por no asustarla, el buen Cura respondió tranquilamente que todo lo comprendía,

y que se contentaba con decir sus misas por la intención de aquella pobre señorita.

Chanteau, que brindó con él, le elogió su tolerancia.

—¡Ya veis que se ha salvado sin *oremus!*

—Cada cual se salva como Dios le da á entender—declaró el Cura con sentencioso tono, apurando la copa.

En fin, la convalecencia de la enferma se inició con largos sueños: Paulina dormía días enteros, muy tranquila, con dulce aliento, sumida en postración reparadora, y la Minucha, que fué arrojada del cuarto en las horas crueles de la gravedad, aprovechábase de aquella tranquilidad para deslizarse en él, saltar con ligereza sobre la cama, y acostarse hecha un ovillo al lado de su ama; de igual manera que Mateo, admitido también en el cuarto, roncaba como un hombre, tendido á los pies del lecho.

Uno de los primeros caprichos de Paulina fué en el sábado siguiente hacer subir á sus amiguitos de la aldea, á los que pudo recibir sentada, aunque siempre muy débil, y Lázaro tuvo que registrar otra vez la cómoda para entregarle varias monedas de cinco francos.

También se interesaba por la presa y las estaca-

das, preguntando por ellas casi todos los días: la verdad era que los pilotes se habían aflojado grandemente; pero Lázaro la engañaba, diciendo que sólo aparecían hasta entonces dos ó tres planchas desclavadas.

Una mañana, habiéndose quedado sola, salió presurosa de las sábanas, anhelando ver la alta marea que azotaba la estacada y la presa; mas sus fuerzas la hicieron traición, y habría caído al suelo si Verónica no hubiese entrado á tiempo para recibirla en sus brazos.

Lázaro se obstinaba en velarla; pero rendido de fatiga, se dormía en el sillón: primero tuvo alegría inefable en viéndola apurar con delicia los caldos, porque en realidad la salud que volvía á aquel cuerpo joven era como una renovación de la existencia; luego, acostumbrado á verla mejorar de hora en hora, no se regocijaba por tal hecho desde el momento en que el dolor no reaparecía.

Una noche Lázaro dormía profundamente, cuando Paulina le oyó despertarse con suspiros de angustia, viéndole, á la débil luz de la lamparilla, con semblante de espanto, con los ojos agrandados por el horror, con las manos juntas en actitud de súplica, balbuceando palabras entrecortadas:

—¡Dios mío, Dios mío!

Ella se inclinó vivamente hacia él, preguntándole:

—¿Qué tienes, Lázaro? ¿sufres?

Aquella voz le hizo estremecer.

¿Luego se le veía?.... Quedóse como humillado, y no pudo llamar á la mentira en su auxilio.

—¡Pero si no tengo nada!..... Eras tú quien se quejaba hace un momento.

¡El miedo á la muerte reaparecía! Un miedo sin causa, y cuyo helado soplo le despertaba con fatal escalofrío.

¡Dios mío! ¿con que no hay más remedio que morir algún día?

—Y esta idea le llenaba el cerebro, le sofocaba la respiración, y Paulina, que había reclinado su cabeza sobre la almohada, mirábale con pía compasión maternal.

